

El problema de las literaturas de anunciación

Horacio González

No es nueva la comprobación de que con Roberto Arlt estamos ante el problema de las literaturas de anunciación. Suele decirse que su literatura esencial anuncia sucesos que cobrarían "forma plena" en un cercano o remoto porvenir. Aquí es fácil tener en mente dos escritos, los archiconocidos *Los 7 locos* y *Los lanzallamas*. Basta recordar en estas novelas, las menciones persistentes a las revoluciones "totales", al bolcheviquismo, a Lenin, a Mussolini, al cine y al periodismo como maneras de entumecer las almas, a los militares golpistas que descreen del parlamentarismo, a la técnica de la conspiración, a la farsa con la que se controla a los espíritus, a las sociedades secretas especializadas en la mentira, a una metafísica del sufrimiento como forma de imponer autoridad y por sobre todo, a esa felicidad apócrifa - cuya materia prima es el terror - invocada como manera de suministrar al poder las conciencias que lo nutren. ¿Qué se estaría diciendo aquí?

¿Que la política es el abismo donde se desmorona la verdad y la turbia institutriz que nos lleva a abandonar la intención recta? ¿Que la historia es la manifestación obtusa de un pensamiento roto por su costado pérfido y satánico? ¿Que la vida pública es la revelación de fuerzas enigmáticas que prometen oscuras atrocidades? ¿Que el poder es un embeleso marchito, relleno con una semilla demoníaca? ¡Pero éstas lecciones ya las sospechábamos! Entonces, no sería difícil imaginar que su capacidad de vaticinio tiene que ver con la comodidad con la que ubica a la política en un abismo tenebrosidad, allí donde habitan las conciencias endemoniadas y conspirativas. Podría decirse que Arlt despliega una visión de la política sobre la que fácilmente acertaría si la califica de tortuosa, pero lo hace en el lenguaje del caos anímico primordial. Debido a eso, lo que podría ser un presagio banal (¿no es la política, para ciertos espíritus, un persistente engorro que atraviesa los tiempos con inalterable depravación?) adquiere cierto brío de anunciación al descansar sobre el destello de una psique trastornada y caótica. El presentimiento crea sensación de cumplimiento cuando carco-

me su lengua con la enfermedad y no con la predicción calibrada y deducida.

Es que la anunciación no puede ser menos que un lenguaje del desconcierto psíquico. El don de auscultar lo que vendrá perdería su capacidad de augurio si no tuviera a su servicio una lengua excéntrica y perturbada, en lo posible hinchada de alegorías. Las alegorías mantienen en su ritmo y en su ser una propensión natural a la prefiguración de lo que será. Cuando el Astrólogo arltiano habla de “una criatura de rostro extraño simbolizando el sufrimiento del mundo”, no podríamos escindir aquí lo que hay de engaño, de predicción oscura y de alegoría de dominio. Se piensa en un sufrimiento, se piensa para hacer sufrir y se sufre para provocar una potencia de señorío. El propio novelista sabe que está usando palabras fuertemente magnetizadas, cuya delectación infunde espanto y desarregla los ambientes en que se pronuncian. En numerosos momentos de la narración, los propios personajes quedan sacudidos por las mismas cosas que se escuchan decir entre ellos. La materia prima de esas conversaciones está forjada con el poder del espanto: son palabras sagradas cuya pronunciación perturba las conciencias con la potencia de una blasfemia. En este sentido, no es inadecuado observar que el aire bufo que tiene la escritura de esas novelas en ningún momento nos hace olvidar que *hablar es blasfemar*, es decir, atentar contra un sentimiento virginal que subyace siempre pone como una vaga añoranza que será traicionada por el fatalismo de las acciones. Siendo así, se entiende que todo acto está postulando un sufrir, que todo sufrimiento está llamando a un sacrosanto retablo destrozado, y que todo destrozado conduce a un alma en condición de vaticinar.

¿No podemos ahora imaginar por qué en Arlt parece que la literatura queda en estado premonitorio? Diríamos que una premonición es lo que le está dado como promesa natural a la literatura. Que si logra tocar la palabra secreta de un cierto tiempo ocurrido, se sitúa en disposición de hablar para un futuro y crear esa sensación asombrosa en los lectores: ¿cómo se produce el *de te fabula narratur*? Porque ese asombro, estopa embebida en el mortero inmemorial de la literatura, no descansa en el sentimiento de que la historia se repite, sino en la sospecha de que el lector destinado a descifrar un acertijo encuentra ahí su verdadera condición lectora.

Las literaturas que parecen revelar un futuro que se adecuará a la atmósfera de lo narrado (donde lo narrado será el porvenir), son antes que nada elaboraciones de un lector paradójico que une su felicidad al sufrimiento revelado de un trance que le concernía. Por eso, el que verificase el cumpli-

miento de lo anunciado, sería indudablemente un lector futuro, que asombrado por la extraña coincidencia entre lo dicho por la novela y lo acontecido en la historia, sería capaz de sostenerlo en su propia rememoración secreta sobre el pavor del tiempo histórico. Algo de esto también intuye el propio Arlt, pues advierte a pie de página la coincidencia de su materia ficticia con acontecimientos notorios de la política nacional ocurridos luego de publicada la primera edición de *Los 7 locos*. Pero esta intuición no sería el ámbito adecuado para hacer alardes de augur, pues la coincidencia supone menos el honor del vaticinador que los caprichos del azar que de repente fijan un punto de semejanza en el que el albur tiene el placer de disolverse. Lo propio de la literatura no es esa coincidencia visible, que pueden estar en *La colonia penitenciaria* o en *La montaña mágica*, sino en las prefiguraciones encarnadas en la forma del texto. Y estas formas siempre se refieren al problema esencial de la literatura (de toda literatura) cual es el de *hacer pensar en ellas a la historia*.

Una fórmula inversa a ésta que recién empleamos, es la que menciona Carl Schmitt en su cáustico y penetrante *Hamlet o Hécuba*, donde escribe que "*la irrupción de la historia en el texto*" es un evento que no le prohíbe significados, sino que lo eleva a su verdadera densidad trágica. Y se está refiriendo ni más ni menos que a *Hamlet*, en el cual ve puntos magníficos de irresolución que descansan justamente en lo que el autor no podía decir a riesgo de develar una trama realmente existente en una actualidad bien conocida por los espectadores, referida a las luchas por el poder en el reino. Por eso, la mencionada *irrupción* no parece ser lo que impide el poder de presagio en cualquier escritura dramática, sino precisamente lo que la garantiza. ¿No sería entonces esta fórmula schmittiana - sencilla pero potente - la que mejor se situaría para explicar cuál es el nudo de la historia futura que atisba el texto arltiano? Parecería que en Arlt, y así lo creyó él mismo, la capacidad predictiva se fijaba a la realidad desmesurada y abominable de una astrología capaz de romper el juicio sobre el bien y el mal. Lo rompe porque el deseo de encender la estupefacción sobre los acervos humanos, al quebrarlos con un llamado a desconocer *porque sí* la cualidad de lo humano aún en su disposición de provocar el mal, deja en la incredulidad al lector enjuiciante. Siendo así, solo le entrega al texto una credulidad irónica o distante, de quién no está dispuesto a pensar que *tanto mal* sin otro objeto que la acumulación prodigiosa de insensatez, es el persistente juego de una literatura que nos divierte oscuramente con la sustracción momentánea de los valores.

Parecería que es ese tipo de lector el que a la vez está dispuesto a entregarse a la sensación vaticinante, anunciadora, que tiene la literatura de Arlt. Creer que puede ser anunciadora una literatura así encaminada - con brujos que solo le ven sentido al pensar arbitrario y al cumplimiento payasesco del estrago humano - es relativamente asequible. El vaticinio del horror crepitante se realiza sobre un trasfondo de secreta jocosidad del lector, que sabe con un don de complacencia que no está llamado a descifrar nada nuevo. ¿Acaso no se acierta más sobre la villanía de la historia cuanto más se exagera la apariencia abusiva y despótica del villano? Siendo así, la *literatura de anunciación* prepara el camino de su verificación en cada época que se sitúan sus lectores y al mismo tiempo tranquiliza diciendo que si las ruinas se hacen cíclicas o periódicas, es porque son una rutina domeñable y en el fondo amistosa. ¿No nos visita casi reglamentariamente cada vez que la astrología se hace cargo de explicar que no puede haber contento ni pasiones felices en la historia? De este modo, lo que hay que explicar no es la facultad profética de Arlt sino porqué permanece como lectura viva a pesar de que su profecía está preparada desde el comienzo para derramar su eficacia, época tras época. Quizás es porque la fuerza de esa literatura resiste con una misteriosa capacidad iluminadora que le es propia, a los propios recursos de iluminación profética que tan visiblemente su autor dispuso como mojonos luminosos a lo largo de toda su obra.